

Grandes Mentiras y Verdades a Medias: Subjetividad y Distorsión de la Historia

Clara Irene Armendáriz Armendáriz*

En este trabajo se analizan dos novelas que tratan episodios específicos enclavados, uno de ellos, dentro de la Revolución Mexicana y el otro, unos años más tarde. Las novelas que se estudian son *Los relámpagos de agosto* de Jorge Ibarguengoitia y *Columbus* de Ignacio Solares, donde se señalan las estrategias narrativas empleadas por los autores para el logro de la desmitificación de la historia oficial y, en este caso específico, del gran movimiento revolucionario. Aquí se destacan algunas tácticas narrativas que en conjunto contribuyen significativamente a la consecución del mencionado fin. Éstas son: la escasa o nula confiabilidad de los narradores, la metaficción, la subjetividad de la historia y la distorsión consciente de ésta. Todas ellas percibidas por Seymour Menton como características de la nueva novela histórica.

La primera estrategia narrativa que se hace evidente al lector de *Los relámpagos de agosto* (LRA) y de *Columbus*, es precisamente la de sus narradores poco confiables, aunque cada uno de ellos lo demuestra de muy distinta manera. El general Arroyo de LRA cuenta en primera persona sus memorias, según dice, para “deshacer algunos malentendidos, confundir a algunos calumniadores, y poner los puntos sobre las íes. . .”⁽¹⁾ Su relato desorienta al lector, en tanto que en muchas ocasiones da muestras de

no ser digno de confianza: afirma algo de manera contundente, y acto seguido se contradice sin el menor pudor. En *Columbus*, en cambio, la narración del relato es de tipo confesional. El narrador Treviño le cuenta su aventura militar con Villa a un supuesto interlocutor periodista, al cual nunca se le oye pronunciar una sola palabra. El lector puede imaginarse incluso que Treviño, en voz alta, se confiesa consigo mismo de sus actos, ya que muchas veces mezcla los planos del sueño, de la conciencia culposa, del estado febril y de embriaguez con el plano de la realidad que relata. Esta circunstancia hace que el lector nunca pueda estar seguro de que exista un auténtico dialogador, de la naturaleza de éste, o de que lo que cuenta sea la verdad de los hechos. Por tanto, y aun cuando los narradores son completamente diferentes, ninguno de los dos ofrece una total confiabilidad, y esta situación propicia o contiene en sí misma el potencial desmitificador de la gesta revolucionaria.

Aunada a la estrategia de la poca fiabilidad de los narradores, aparece la metaficción o conciencia de narrar, según Brushwood; la ficción que habla de la ficción de acuerdo con Lodge o, según Ballart, la anécdota inventada que menciona, dentro de ella misma, algún elemento de la realidad, con lo que se señala la calidad fingida de la obra. Esta última peculiaridad de hacer resaltar la naturaleza inventada de la novela se percibe de inmediato en LRA, en el “Prólogo” del libro. Allí el general Arroyo le advierte al lector:

Nunca me hubiera atrevido a escribir estas Memorias si

no fuera porque he sido vilipendiado, vituperado y condenado al ostracismo, y menos a intitularlas *Los relámpagos de agosto* (título que me parece verdaderamente soez). El único responsable del libro y del título es Jorge Ibarguengoitia, un individuo que se dice escritor mexicano.⁽²⁾

Las dos características antes descritas de no confiabilidad del narrador y de metaficción, se ven reflejadas en la cita. El narrador primero asegura, implícitamente, que él escribió las memorias cuando dice “Nunca me hubiera atrevido a escribir (...)” e inmediatamente después se deslinda de todo compromiso, al responsabilizar de todo a Jorge Ibarguengoitia, con lo que se advierte su calidad de no fiable. Por otro lado, con la última aseveración, el autor utiliza la estrategia de la metaficción, puesto que, según la definición de Brushwood, hay una conciencia de narrar. Como dice Ballart, basta que el texto invoque la presencia de su autor real o que éste se nombre a sí mismo como sujeto de existencia verdadera, para que haya contraste entre la realidad y la ficción. Ballart se refiere a la metaficción con el nombre de ironía de contraste entre el texto y su contexto comunicativo porque, después de todo, la metaficción es un tipo de ironía. El pasaje, en sí mismo, no encierra aún ningún tipo de descalificación respecto a la Revolución. Sin embargo, sí le anticipa al lector que la historia

*Doctora en Filología por la Universidad Complutense de Madrid, España. Profesora-Investigadora de la Sección de Estudios de Posgrado e Investigación de la UPIICSA. Correo electrónico: carmandariz@ipn.mx.

(1) Ibarguengoitia, Jorge *Los relámpagos de agosto*, México, Joaquín Mortiz, 1998.

(2) Ibid.

que está a punto de comenzar es ficticia, por lo que no debe esperar un apego irrestricto a los hechos históricos a los que ésta hace referencia.

Columbus, por su parte, da inicio *in medias res* a una conversación entre el narrador y su interlocutor. En la conversación aquél expone su razón principal para haberse unido a Villa en el ataque a Columbus, Nuevo México: “joder a los gringos”. Está claro que no existe en él una convicción profunda de orientación política o social, sino que es solamente el deseo de venganza del ciudadano fronterizo por las afrentas recibidas. Después de la abrupta confesión, el narrador le propone a su interlocutor “pistear” (beber licor), para dar inicio al relato de los pormenores de su gran aventura. De este modo, desde el principio se establecen tres cosas: la primera es que el hecho de haber seguido a Villa no corresponde a ningún tipo de ideología; la segunda, que la narración de los hechos se inicia al calor de las copas y, la tercera, que existe la plena conciencia del narrador de estar dando inicio al relato de una historia. En este pasaje inicial se vislumbra un atisbo de desmitificación de la Revolución Mexicana, en cuanto que al protagonista-narrador de *Columbus* no le importan los motivos populares del movimiento, y sólo se une a él para satisfacer un deseo personal de venganza. Por otra parte, el asalto a Columbus obedece también a un ajuste de cuentas de Villa con los norteamericanos. A pesar de esto, y de que el ataque tiene lugar fuera del territorio mexicano, el hecho se encuentra estrechamente relacionado con la contienda revolucionaria en México. En otras palabras, dentro de la novela, ni Treviño como soldado raso, ni Villa como dirigente de una columna militar, actúan en el episodio Columbus pensando en un beneficio colectivo para los mexicanos. Por el contrario, los dos obran

motivados por la baja pasión de la venganza, y el movimiento armado se ve disminuido, toda vez que éste sólo sirve de pretexto para el desahogo personal de frustraciones, rabias y rencores añejos.

En otro pasaje metafictivo de LRA, el narrador no fiable Arroyo relata cómo celebra su inminente nombramiento de Secretario Particular del Presidente Electo Marcos González:

Volviendo al hilo de mi narración, diré pues, que festejé el nombramiento, aunque no con los desórdenes que después se me atribuyeron. Eso sí la campaña ha sido siempre una de mis debilidades, y no faltó en esa ocasión; pero si el diputado Solís balaceó al coronel Medina fue por una cuestión de celos a la que yo soy ajeno, y si la señorita Eulalia Arozamena saltó por la ventana desnuda, no fue porque yo la empujara, que más bien estaba tratando de detenerla. De cualquier manera, ni el coronel Medina, ni la señorita Arozamena perdieron la vida, así que la cosa se reduce a un chisme sin importancia de los que he sido objeto y víctima toda mi vida, debido a la envidia que causan mis modales distinguidos y mi refinada educación.⁽³⁾

En primer término se aprecia la conciencia de narrar del general Arroyo quien intenta, infructuosamente, clarificar los hechos acaecidos durante el festejo por su próximo nombramiento. Arroyo, de acuerdo con su característica infidelidad a su palabra, niega que en el festejo haya habido desórdenes y, al negarlos, los describe con bastante precisión: el correr de la campaña, una balacera entre un político y un militar, y un posible intento de violación por su parte. Arroyo, finalmente, con mentiras o

medias verdades, trata de eludir su responsabilidad en los desmanes en que se ve envuelto. Sin embargo, la Revolución recibe una buena dosis de descalificación con esta escena, toda vez que describe puntualmente una manera característica del proceder de algunos revolucionarios triunfantes que detentan el poder o que están cerca de él. El movimiento revolucionario no es capaz de terminar con ciertas prácticas y excesos en los que siguen incurriendo algunas capas de la sociedad. En pocas palabras, el mito de que la Revolución Mexicana acabaría con los abusos y las arbitrariedades en todos sentidos, queda desmentido rotundamente.

La novela *Columbus* es toda ella una metaficción, una narración consciente de sí misma hecha de manera oral, con una estructura circular, puesto que la novela termina exactamente con las mismas palabras que comienza. Desde el principio el narrador Treviño se dirige a su interlocutor en los términos de “pisteamos (bebemos) un rato y te cuento”, por lo que desde entonces, la narración es un acto consciente de contar una historia. En esta novela, a diferencia de la de Ibarguengoitia, el narrador no hace una referencia constante al hecho de tener plena conciencia de su relato, aunque sí lo tiene. En cambio, menciona frecuentemente el hecho de estar ingiriendo bebidas alcohólicas. De cualquier modo, la Revolución queda igualmente desmitificada por la utilización de estrategias narrativas como la de no confiabilidad del narrador, la distorsión consciente y la subjetividad de la historia.

Uno de los pasajes en *Columbus* se presenta de la siguiente manera:

¿Otro chorrito? Bajo juramento que este Jack Daniel's no provoca cruda, puedes beber cuanto quieras (...)

(3) Ibarguengoitia, Jorge. *Los relámpagos de agosto*, op. cit. p. 13.

Claro que me acuerdo de tu padre (...) Salud, amigo mío. Por tu padre, cómo no (...) Aquel Juaritos sí que era entrañable, aunque te doliera el alma verlo en manos de los gringos. Por eso lo empezaron a llamar *La Babilonia pocha* o el *dump* de los norteamericanos. Y no sólo por las diversiones que se abrían para ellos (...) sino por la Revolución misma. La Revolución también les divertía y les parecía folclórica (...) Los paseños se amontonaban en las riberas del Río Bravo para observar las batallas lo más cerca posible, aun con riesgo de su propia vida (...) Y, bueno, una compañía de bienes raíces de El Paso promocionaba (sic) sus terrenos en venta como *fuera de la zona de peligro y al mismo tiempo con una excelente vista del Juárez revolucionario*.⁽⁴⁾

La Revolución resulta desacralizada en este pasaje porque se habla de ella con gran ligereza. El narrador, que no es del todo confiable, habla de que aquélla es considerada por los norteamericanos como una atracción turística, como un espectáculo diferente digno de ser visto, y como un atractivo señuelo para la comercialización de algunos bienes. Aquí se entremezclan las tácticas narrativas, puesto que al no ser confiable el narrador, éste muy bien puede distorsionar los hechos exagerándolos. Asimismo, al estar bebiendo el narrador mientras relata, el alcohol puede cambiarle el estado de ánimo y con él la percepción de sus recuerdos, con lo cual hace subjetiva la historia que le llega tanto al supuesto interlocutor, como al propio lector.

La distorsión consciente de los hechos, según Menton, se da con bastante frecuencia en las nuevas novelas históricas, y LRA no escapa a esta práctica. La narración de los hechos retrocede a 1928, año que

corresponde al acontecimiento real del asesinato del Presidente Electo Álvaro Obregón. De modo que Marcos González, el Presidente Electo en la novela que muere de apoplejía, corresponde en la realidad al personaje histórico Álvaro Obregón. De este modo, el autor está distorsionando conscientemente la historia y al hacerlo, cuenta grandes mentiras y dice algunas medias verdades. Un ejemplo de lo anterior es el episodio en el que un grupo de políticos y militares se reúnen en el velorio del general González, según dice el narrador Arroyo, "para saborear las últimas botellas de aquel delicioso cognac que fuera tan apreciado por el General González".⁵ Ésta es una verdad a medias, en cuanto a que es cierto que se beben el cognac. Sin embargo, la verdadera razón de la reunión es aún más vergonzosa: tramar una estrategia que les permita conservar las prebendas que habrían tenido, de haber llegado el ahora fallecido a la Presidencia. De cualquier modo, ya sea para beberse el cognac del muerto, o para planear un futuro ventajoso para ellos en la casa de aquél en el día de su velorio, deja entrever claramente la calidad moral del grupo. De hecho, allí mismo llegan a un acuerdo que, si se llega a cumplir, todos salen beneficiados, según les dice Juan Valdivia, su candidato a la Presidencia:

Basta con arreglar con Vidal Sánchez un interinato para Artajo, quien a su vez arreglará una elección con mayoría aplastante para un servidor de ustedes.

Otra vez hubo aplausos. Todos estuvimos de completo acuerdo y quedamos de vernos al día siguiente en el restaurante del Paraíso Terrenal, para comer juntos y decidir las medidas que tomaríamos para obligar a Vidal Sánchez a acceder a nuestras exigencias, que

después de todo, estaban de acuerdo con los elevados postulados de la Revolución Mexicana.⁽⁶⁾

El pasaje es claramente una distorsión consciente de la historia por lo absurdo de la escena, toda vez que presenta al grupo de militares y políticos en un ambiente festivo y frívolo, donde se supone debe haber pesar y seriedad por el fallecimiento de su compañero y amigo el general González. La técnica narrativa empleada resulta bastante efectiva, porque el autor logra mostrar ampliamente el cinismo, la arbitrariedad y el grado de corrupción a la que estos militares y políticos son capaces de llegar con tal de conseguir sus fines. De esta manera, el autor lleva a cabo la desmitificación de la Revolución Mexicana porque pone de manifiesto que aun después del movimiento armado, las elecciones no son limpias, y que el grupo en cuestión sólo lo utiliza como pretexto y como escudo para perpetrar sus fechorías.

En *Columbus* ocurre algo semejante en cuanto a la alteración consciente de la historia en la narración de Treviño, su protagonista. Los lectores están advertidos de que aquél no siempre cuenta el asalto a Columbus de la misma manera, sino que el relato es subjetivo porque éste depende del estado anímico, de la sobriedad o de la embriaguez del personaje que narra. El propio Treviño hace referencia a esta característica de su narración y explica sus razones:

[Y]o sólo participé en una (batalla): la invasión a Columbus, y aquí me tienes, viviendo y bebiendo de contarla una y otra vez, enriqueciéndola y enrique-

(4) Solares, Ignacio, *Columbus*, México, Alfaguara, 2da. reimpresión agosto 1997, p. 26.

(5) Ibarguengoitia, Jorge, *Los relámpagos de agosto*, ed. cit. pp. 21-22.

(6) Ibid. p. 25

ciéndome, repujándola con nuevas anécdotas, engrandeciéndola hasta lo heroico para atraer más y más clientes a este mugroso bar—que además se llama *Los Dorados*—, demostración palpable de que cuanto he intentado de trascendente y superior en mi vida se me queda en las manos, dejándome sólo una fina e inútil lluvia de polillas muertas.⁽⁷⁾

El narrador expresa abiertamente la deformación consciente que hace del relato al agregarle detalles gloriosos que en realidad no sucedieron, pero que lo hace aparecer más heroico e interesante. De ahí que la nueva novela histórica plantee que la historia siempre es subjetiva, toda vez que cada persona que la cuenta le agrega algo de sí misma. Por este motivo, el lector comprende que la versión de Treviño en el texto, es solamente una de tantas otras que cuenta a lo largo del tiempo y, de ninguna manera, la versión real y fidedigna del ataque a Columbus. En este pasaje el narrador habla de algunas de las técnicas narrativas que el autor emplea para el logro de la descalificación de la gesta revolucionaria a través de él. Menciona la distorsión consciente de la historia, y pone de manifiesto la subjetividad de ésta al hacer referencia a que él siempre bebe cuando la cuenta. Por tanto, el lector deduce que si el narrador llega a la embriaguez, éste puede también tergiversar la narración de manera inconsciente al decir una cosa por otra o recordar algo equivocadamente. Además, el autor insinúa que el relato del que habla Treviño sería modificado de cualquier modo, aun cuando el narrador no lo alterara a propósito, y aunque éste fuera abstemio. La razón es que existe un factor adicional: su estado emocional de frustración por no haber logrado trascender en la vida. Esta circunstancia inclina aún más la balanza hacia la adulteración del relato, en

virtud de que Treviño, en su afán por sentirse importante, inventa detalles espectaculares para que éstos le den brillo y realce a su existencia. Con este elemento agregado se confirma, una vez más, su calidad de narrador no confiable. Paradójicamente, al hacer el narrador un mito del asalto a Columbus con alteraciones conscientes o inconscientes, se desmitifica a la Revolución en su conjunto. Este efecto se logra al darse cuenta el lector de que, igual que sucede con la historia de Treviño, seguramente la narración del movimiento revolucionario también sufre modificaciones y, muy probablemente, éste no sea ni tan glorioso, ni tan excelso como se lo han enseñado. Este pasaje novelado es un ejemplo palpable de cómo la historia oficial, en la realidad, hace mitos de personajes y de episodios históricos al transformarlos en seres y eventos extraordinariamente heroicos y sobresalientes. Ciertamente es que el incidente Columbus no es en sí la Revolución Mexicana, pero es un evento que tiene lugar durante y por causa del gran movimiento armado y, por extensión o asociación, la descalificación de uno le afecta al otro.

Es justo mencionar, por otro lado, que Treviño dice agregarle elementos gloriosos a su relato para atraer más clientes a su bar. No obstante, esos momentos grandiosos no aparecen narrados en el texto cuando se describe el ataque a Columbus. Contrariamente a lo que puede suponerse, la reseña o el recuerdo de Treviño que se transcribe en la novela, habla de una aventura villista bastante desafortunada y desventajosa para el bando mexicano:

La ciudad de Columbus es muy pequeña y en forma de chorizo—con todos sus edificios importantes en la misma avenida, la Bondary—, así que la estrategia era, literalmente, barrerla, destruyendo todo

cuanto encontráramos a nuestro paso (...) De un lado de esa calle principal, apenas a la entrada, estaba, en efecto, el cuartel con sus quinientos soldados dormidos: el XIII Regimiento de Caballería de Estados Unidos (...) Del otro lado de la calle, quién podía adivinarlo en la oscuridad, estaban los establos. Pablo López nos dijo: al primer disparo que suelte, todos al galope, al grito de “¡Viva México! ¡Mueran los gringos!”, y a acabar con ellos muchachos, que no quede uno vivo, señalando enseguida, para su desgracia, el lado equivocado de la calle. Fue un volado y lo perdimos, como nos ha pasado tantas veces en la historia de México. ¿Qué hubiera sucedido si Pablo López atina?⁽⁸⁾

Con los antecedentes de no confiabilidad del narrador es difícil precisar si en esta ocasión éste relata la verdad de los hechos o si, por el contrario, esta historia es otra gran mentira o una verdad a medias. Lo que sí queda claro es que en este relato, *Los Dorados* entran a Columbus a ciegas, arriesgando todo y dejándole toda la responsabilidad de triunfo o de derrota al azar. El resultado final de la contienda: diecisiete norteamericanos muertos, la mayoría de ellos civiles, frente a más de cien muertos y muchos heridos del lado mexicano. El pasaje sirve, de nuevo, para descalificar no sólo la aventura villista en Nuevo México, sino que, junto con ella, se rebaja también al gran movimiento armado en México. Lo acontecido en Columbus es, de cierta manera, una muestra en pequeño de la desorganización del ejército que la Revolución Mexicana padece en grande.

Este trabajo muestra la descalificación o desmitificación de la

(7) Solares, Ignacio, op. cit. pp. 33-34.

(8) Solares, Ignacio, op. cit. pp. 171-172.

Revolución Mexicana, a través de algunas técnicas o estrategias narrativas que los autores emplean en las dos novelas analizadas. Ambos utilizan la no confiabilidad de los narradores, estrategia que le impide al lector tener la certeza de que es verdad lo que cuentan; la

metaficción o conciencia de narrar, que frecuentemente marca la diferencia entre la realidad y la ficción; la subjetividad de la historia que siempre ocurre y que depende mucho de quién y de cómo la cuenta y, finalmente, la distorsión consciente de la historia provocada,

generalmente, por exageraciones del narrador. Estas estrategias actúan en conjunto entreverándose, fortaleciéndose las unas a las otras, inventando grandes mentiras y contando verdades a medias. 

Bibliografía

Ballart, Pere, *Eironeia: La figuración irónica en el discurso literario moderno*, Barcelona, Quaderns Crema, 1994.

Brushwood, John S., *La novela mexicana (1967-1982)*, México, Grijalbo, 1985.

Ibargüengoitia, Jorge, *Los relámpagos de agosto*, México, Joaquín Mortiz, 1998.

Lodge, David, *El arte de la ficción*, Barcelona, Ediciones Península, 3ra. Edición, 1999.

Menton, Seymour, *La nueva novela histórica de la América Latina, 1979-1992*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.

Solares, Ignacio, *Columbus*, México, Alfaguara, 2da. Reimpresión, 1997.

